

EL ESCÁNDALO, DE

MANUEL JOSÉ OTHÓN\*

# Arsénico

Ignacio Betancourt. *El escándalo, Primer drama de Manuel José Othón. Texto y contexto*. El Colegio de San Luis - Instituto de Cultura. San Luis Potosí, 1998. 102 pp.

Me gustaría iniciar esta presentación estableciendo una distinción. Se confunde a menudo, en los estudios literarios, lo literario con lo historiográfico. Se trata de dos polos que hasta cierto punto se necesitan el uno al otro, pero que no deben ser confundidos. Una cosa es el estudio del texto literario en tanto texto, tal y como se nos enseñó a estudiarlo lo mismo en la estilística que en el estructuralismo, y otra cosa es el conocimiento, primero, de la historia del texto, y segundo, de los pormenores biográficos de quien lo escribió. A menudo sucede que empezamos estudiando un soneto amoroso

de Sor Juana, y terminamos preguntándonos si tales amoríos existieron en la realidad, y hasta atrevemos fantásticas conjeturas acerca de las inclinaciones sexuales de la monja. Se trata, en este caso, creo que se me comprende, de un traslape muy discutible. Dejamos de considerar el poema como poema y en lugar de desentrañar sus maravillas verbales, es decir, sus metáforas, sus sinédoques, la sutileza de la antítesis, el arte del oxímoron y del retruécano, terminamos metiéndonos en la intimidad de la escritora y escudriñando sus recaditos, y hasta conjeturando si a su presunto amante lo veía cuando salía a comprar el pan. A estos dos polos o dos extremos de la actitud investigativa, una centrada en el texto, otra en los detalles de tipo historiográfico, debo agregar un tercer vértice. No leemos desde el vacío ni desde la neutralidad. Leemos desde una posición determinada, en la que intervienen no sólo el tiempo y el espacio, sino nuestros particulares intereses en tanto lectores. Los sacerdotes, en su calidad de sacerdotes, están obligados a leer a Sor Juana desde una perspectiva muy distinta a la del

profesor universitario. Me gusta el ejemplo de Sor Juana porque siento que ella es un buen espejo para aterrizar en Manuel José Othón, los dos se han convertido desde hace muchos años en objetos de una apropiación múltiple ante la que no podemos quedar indiferentes. Estas apropiaciones no son desinteresadas. Y qué bueno que no lo son. Acaso en las ciencias naturales el asunto de la objetividad y de la neutralidad del observador pueda darse sin mayores problemas; no sucede así, creo que esto es evidente, en las llamadas ciencias humanas. Los prejuicios históricos, los intereses de clase, la formación del lector, todo ello interviene y de modo necesario deforma o conforma su investigación.

El gran problema con autores de la talla de Sor Juana y de Othón es que despiertan tal celo en muchos de sus lectores, despiertan tales pasiones, que su nombre se convierte en la divisa de una verdadera guerra cultural. Así ha sucedido con Sor Juana. El sacerdote Méndez Plancarte levó con tal devoción a la monja, que no sólo se encargó de editar en cuatro tomos las obras de Sor Juana, con pertinentes anotaciones al final de cada uno de los volúmenes, sino que, en aquellos lugares en que creyó que la monja incurría en errores heréticos, no dudó en enmendar-

le la plana, a fin de hacerla concordar, por supuesto con la doctrina de la iglesia católica. Octavio Paz cuenta que llevado por este celo ortodoxo, el padre Plancarte reescribió toda una sección de una obra de teatro de Sor Juana. Pero el celo no sólo tiene origen religioso. Tomando como punto de partida la peregrina idea de que las repeticiones de un mismo vocablo son algo despreciable en la literatura, pues muestran acaso una pobreza verbal, el padre Plancarte también le cambia las rimas a algunos sonetos de Sor Juana, sustituyendo una palabra por otra según un bárbaro criterio de calidad estilística. Que un erudito como Méndez Plancarte reescriba textos de Sor Juana, o que se atreva a enmendarle la plana, como si la monja fuera una principiante en el arte del verso, no deja de ser la expresión de una culta barbarie que rebasa con mucho las ineptitudes de la inepta cultura de las que hablaba Ramón López Velarde.

No abundaré en las querellas que el libro de Octavio Paz *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* continúa suscitando en nuestro medio. Algunas afirmaciones de Paz resultaron ofensivas para algunos intelectuales cercanos a la curia católica. Otras parecieron inexactitudes o bien aberraciones a eruditos en filología como Antonio Alatorre.

El presunto descubrimiento de un autógrafo de Sor Juana, conocido como la carta de Serafina de Cristo, ha desatado una sorda polémica entre Alatorre y el historiador Elías Trabulse. No menciono lo anterior para elevar un voto de censura. Al revés: todo este rebumbio en torno a una escritora como Sor Juana me parece en definitiva un signo de vida, y la vida es plural, contradictoria, y se encuentra siempre entreverada por la pasión, el deleite y el encono. En asuntos de cultura, la indiferencia es igual a la muerte.

Guardando las distancias, mucho de lo que ha sucedido con Sor Juana sucede también con otro monstruo de la literatura mexicana, me refiero a Manuel José Othón. Menciono la palabra monstruo con toda intención para señalar del modo más positivo posible que este escritor nos rebasa en todas direcciones. Es un monstruo, un producto inesperado, un portento un prodigio al que todavía no acabamos de asimilar. Los hermeneutas siguen discutiendo qué significa tal o cual pasaje de los sonetos de *En el desierto. Idilio salvaje*. Muy pronto, a partir del texto se deriva en asuntos exteriores al texto, y que tiene que ver con la biografía del autor, o sea, se pasa del ámbito del análisis literario al de las preocupaciones historiográficas: que si Othón en efecto, y a

pesar de lo buen católico que era, cometió adulterio; que si la "india brava" de la que hablan los sonetos existió en la vida real, y que cuál era su verdadero nombre. Una sola línea de la composición, pongo por caso al que dice: "En tus aras quemé mi incienso", puede suscitar interminables discusiones no todas ellas de orden filológico. ¿Se insinúa que después de estos amoríos el poeta, o el de la voz, ya no volvió a amar a nadie? ¿La edad o la enfermedad habrían llevado a tal sujeto a padecer impotencia? ¿Por qué tiene que ser éste, precisamente, el último incienso? Esto se pone escabroso. Y hasta decididamente herético si se considera que aquí la palabra "incienso" es una metáfora de "semen", con lo cual Othón establece que el acto sexual es una forma de sacramento, y que el cuerpo de la mujer, en consecuencia, una expresión de lo sagrado.

Menciono lo anterior, que puede sonar a divagaciones de una noche de verano, porque el libro que hoy nos convoca, *El escándalo. Primer drama de Manuel José Othón. Texto y contexto* (San Luis Potosí, El Colegio de San Luis - Instituto de Cultura, 1998), preparado por Ignacio Betancourt, suscita de inmediato este tipo de asociaciones. Ignacio Betancourt, que conoce el terreno sobre el que se mueve, recuerda desde los primeros

párrafos de su estudio que a Othón " se le ha querido volver abanderado de orientaciones que más bien expresan los intereses del historiador en turno". Tan es así, que no han faltado intentos de "beatificar", esta es la palabra utilizada por Betancourt, al autor del *Idilio salvaje*. No está por demás señalar que tales intentos "beatificatorios" también han probado fortuna en el caso de Sor Juana.

Othón, en una palabra, ha sido y seguirá siendo objeto de apropiaciones ideológicas. Nos movemos todos, lo sepamos o no, lo admitamos o no, en un terreno minado, en una arena en la que confluyen las pasiones. Igna-

cio Betancourt está consciente de lo anterior, y en ningún momento se pretende neutral ni pretende abordar su tema desde una cápsula a prueba de contaminaciones. Othón es un tesoro público, un patrimonio de la cultura de una nación, pero esto no obsta para que cada cual, sienta que por alguna sibilina razón Othón es más suyo que de los demás. Pienso que alguien que ha nacido en San Luis Potosí, sólo por los derechos de la tierra, que en mucho se parecen a los de la sangre, se siente el legítimo depositario de la herencia de Othón. Una parte de la intelectualidad católica, por razones obvias, también se ha sentido de-

positaria y custodia de este tesoro nacional. Tan es así, que a veces parece que preferirían que Othón fuese una gloria local, así no habría nadie más que les disputara la primacía. Por supuesto, no estoy contra el celo ni contra el apasionamiento ideológico, ¡qué bueno que éstos existan!, sino contra las deformaciones que este celo y este apasionamiento son capaces de producir.

Una crítica de lo anterior, sin embargo, no puede estar exenta a su vez de celo y apasionamiento. Así el tercer polo de nuestro triángulo se muerde la cola y no hay forma de decir yo estoy libre de culpa, yo soy neutral, a mí que me escliquen. Ignacio Betancourt lo dice en un pasaje definitorio de su texto: "Hacer actuar a un muerto, ponerlo a caminar por calles que han desaparecido, obligarlo a hablar con otros muertos, pretender lo objetivo desde la relatividad del historiador es un desafío donde ficción y hecho diluyen límites, donde la incertidumbre es el camino más frecuente: por eso es indispensable documentar, contrastar, imaginar, y tener presente que las verdades últimas no existen. Indagar en lo pretérito es igual que buscar en lo futuro, todo se hace, siempre, desde un presente en el que las verdades son un sueño y el conocimiento una manera de asirse al vértigo de la existencia."

A partir de esta declaración de principios, el autor realiza un amplio recorrido por el contexto en el que se ubican las vicisitudes de la escritura othoniana. La Guerra de Reforma, el imperio de Maximiliano, el juarismo restablecido, el porfirato, el levantamiento indígena de la Huasteca en 1879; los ires y venires, en fin, del personaje dentro de la situación en que le tocó vivir. Se trata de entender a un autor, y no sólo de glorificarlo, como acertadamente anota Ignacio Betancourt, quien en ningún momento pretende haber descubierto el hilo negro. *El escándalo*, primera y a todas luces fallida obra de teatro, tan fallida que el autor prefirió no completarla nunca, carece de méritos literarios. Su interés es pues puramente documental, exhibe la escritura de un autor en formación, a sabiendas de que las obras primerizas de Othón no contienen ni siquiera un gramo del genio que se revelaría después. "La importancia de *El escándalo* —reconoce Ignacio Betancourt—, más que literaria es histórica; permite una mirada desde diversas perspectivas y nos acerca al momento privilegiado en que el talento es aún potencial. No sólo es el poeta incipiente quien escribe, es un ciudadano afianzándose a esa madurez, a ratos ficticia, que el porfirato indirectamente propició para los creado-


res artísticos, es un estudiante universitario que al mismo tiempo expresa la cosmovisión de la clase media potosina, cuya recreación dramática no carece de singularidad."

Cuando borrona las páginas de esta obra inconclusa, Othón tiene cosa de 18 años de edad, y acaba de ingresar al Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí. Sus textos poéticos de esa época son igualmente bisoños y perfectamente olvidables, aunque me gustaría destacar que seis años después, en 1882, escribe lo que para mí es la primera manifestación de su genio, un monólogo cuasi dramático de clara procedencia romántica titulado "El canto de Lodbrok". El tránsito del romanticismo trasnochado, al neoclasicismo y de ahí a lo que sería el paradójico modernismo de un declarado antimodernista, tres etapas fundamentales en la escritura de Othón, está delineado con trazos firmes en este texto.

Sólo en un punto pienso que se aparta el autor de la objetividad historiográfica. No puedo decir nada concluyente, es antes que nada una impresión y acaso el asunto se resuelve son mayor trámite si se matiza el asunto. Aunque Ignacio Bertacourt está consciente de los peligros que entraña convertir la historiografía en hagiografía, un poco él contribuye a lo mismo con un



grano de arena cuando sostiene de modo demasiado tajante que Othón nunca puso su pluma al servicio de la política militante. "Él jamás militó en la política, pese a que tuvo relación con muchos políticos", sostiene el autor. A lo que yo me pregunto, ¿y cómo puede esto saberse a ciencia cierta? ¿Hay pruebas concluyentes? Ese es un aspecto de la actividad de Othón que quizás escapa por su naturaleza misma a nuestra indagación. Porque relaciones con políticos sí las tuvo, tan es así que fue durante un tiempo secretario del gobernador, y que, en su calidad de diputado suplente, y en ausencia del titular, hubo de trasladarse a la Ciudad de México a cumplir con las funciones de representante popular para las que, supongo, fue electo. Su amistad con el general Bernardo Reyes puede proporcionar otro indicio. Digo lo anterior sin ningún propósito de manchar la memoria de Othón, pues una participación política —cualquiera que ésta sea— no tiene por qué ir en detrimento del poeta. Lo digo más bien en tono admirativo, pues aún llegando a entreverar su vida con los asuntos de Estado, el poeta Othón preservó su talento creador y pudo escribir los textos por los cuales hoy le concedemos un sitio especial en el panteón literario de este país.

Para terminar sólo me resta destacar la sobriedad del análisis de la obra que aquí se rescata. Sin falsos énfasis ni torceduras hermenéuticas, Ignacio Betancourt estudia la configuración de los personajes y no deja de señalar el carácter un tanto anómalo de la heroína femenina, una mujer que descubre la pasión amorosa en sus segundas nupcias y que por ese motivo se ve de pronto enfrentada al despecho y la incompreensión de su hijo. un hijo que en un momento de enojo llega a espetarle: "Deje usted a ese hombre, con mi amor basta a usted." Betancourt, no sin perspicacia, anota: "Simbólicamente, el hijo es la negación a la ruptura del cordón umbilical." A lo que agrega más adelante: "A diferencia del hijo conservador e incapaz, la madre asume un modelo contestatario que rompe lo establecido y pone en crisis el entorno existencial, evidenciando la rigidez e inmovilidad de una sociedad que se moderniza para no cambiar. Resulta significativo que el personaje más valiente y digno de la obra sea una mujer que desafía la murmuración y los reclamos familiares." Al felicitar ampliamente a Ignacio Betancourt por su incursión en los espinosos terrenos de la investigación othoniana, lo único que me queda es recomendarles a ustedes la lectura de este libro. 

\*Texto leído en el Instituto de Cultura de San Luis Potosí, el 4 de mayo de 1999.

Evodio Escalante